

NÚMERO EXTRAORDINARIO, 30 CÉNTS.



NÚMERO ATRASADO, 50 CÉNTS.

PRECIO DE SUSCRICION.

Madrid: trimestre. Pesetas. 2,50
 Provincias: trimestre. 3

REVISTA TAURINA.

PRECIO PARA LA VENTA.

25 números ordinarios. Ptas. 2,50
 25 id. extraordinarios. 5

La correspondencia al Administrador, Calle del Arenal, 27, Madrid.—(No se devuelven los originales.)

SUMARIO.

La Plaza de Toros de Madrid en 1889, por D. Cándido.—La guitarra, por D. Carlos Ossorio y Gallardo.—La suerte de varas, por D. Angel Vela-Hidalgo.—Lo principal, por D. Mariano del Tado y Herrero.—Las corridas de Toros de Egea de los Caballeros en 1809, por D. J. Soles Eguilaz.—Índice.

ADVERTENCIA

Con el presente número, LA LIDIA da por terminado el séptimo año de su publicación, y suspende sus tareas hasta el próximo mes de Abril.

Las suscripciones pendientes se servirán como de costumbre por todo el tiempo que falte de abono, empezándose á contar desde el primer número de la temporada venidera, sin que los suscriptores sufran perjuicio por el tiempo que nuestra revista haya dejado de publicarse, pues se compensará éste prolongando la fecha de la terminación de las mismas.

Al presente número acompaña también la cubierta con que anualmente obsequiamos á los suscriptores y coleccionistas.

LA PLAZA DE TOROS DE MADRID EN 1889

Por dolorosas que sean ciertas confesiones, no hay manera habil de esquivarlas, y el deseo de contener ó remediar ciertos males nos obliga muchas veces á hacer manifestaciones en contra de lo que de ordinario estimamos ó aplaudimos, siquiera lleguemos á ellas con la consiguiente repugnancia ó violencia.

Tal y como se presenta hoy la fiesta de toros en la capital de España, y los elementos de que hay que echar mano para sostener su prestigio, es de todo punto imposible conseguirlo y fomentar la afición al espectáculo nacional.

Tratándose de diversiones públicas, existen en Madrid dos negocios perfectamente ruinosos para el que trate de presentarlos á la afición, y hasta en esto se presentan hermanadas dos cosas que en innumerables ocasiones marchan juntas: la música y la tauromaquia; el Teatro Real y la Plaza de Toros.

Sin embargo, aunque semejantes por su obtención y organización (conste que nos referimos únicamente al negocio ó empresa), suelen diferir bastante en su desarrollo, para presentar á la postre idénticos resultados.

El Teatro Real encuentra apoyo en el elemento oficial, interesado en sostener un círculo para su exhibición; y aun cuando el arrendamiento de ese palacio para la música extranjera es extraordinario, el arrendatario encuentra en el propietario la tolerancia y complacencia

suficientes á convertirse en dispensación ó condonación, con tal de evitar la quiebra ó la clausura. Pero vienen luego los elementos que comunican la animación y el movimiento, dando margen á un presupuesto de gastos ó nómina exorbitante; se hace preciso para obtener mayores ingresos elevar los precios de las localidades; y como la verdadera afición é inteligencia va acompañada de poco dinero, surge el retraimiento y el negocio es ruinoso, pese á todas las consideraciones y benevolencias aristocráticas, que no salvan á ninguna empresa.

La Plaza de Toros tiene que sostenerse por sus propias fuerzas. Distracción esencialmente nacional, su principal apoyo es la clase popular, que no sabe más que español y que espera alegre el domingo para esparciar y recrear el ánimo del rudo trabajo de toda la semana. Pues bien: el dueño de la Plaza de Toros, como el de la casa de vecindad, es intolerante y exigente, y al revés del primer propietario, ni dispensa, ni condona, ni aun otorga facilidades para el pago, como demostraremos luego. En esto, como se vé, la diferencia no puede ser más radical. El abrir las puertas del circo cuesta tanto como levantar el telón, y como á la elevación de precios no responden los medios de la parte más entusiasta del público, y la que tiene recursos no está en el caso de trabajar en bien de un espectáculo en cuyas reseñas no aparecen sus nombres ó títulos, resulta este negocio de tan poco lucimiento como aquél.

Prueba de ello la temporada que ha terminado y que ha originado una pérdida de quince á veinte mil duros en cifra redonda.

¿Y á qué atribuirla? ¿Es tal vez que los diestros que hoy torea en la Plaza de la corte no son dignos de ella? En manera alguna. Es más, completando el cuadro de los que en la próxima pasada temporada han figurado en el cartel de la referida plaza, con otro, alejado de ella con gran disgusto de buena parte del público, vacilamos en asegurar, aun contra la opinión de respetabilísimas autoridades, que en toros se hace hoy lo que haya podido hacerse en tiempos de Montes, Cúchares y el Chiclanero, y en época más remota.

¿Es que decrece la afición? Tampoco. El aficionado antiguo, por más que recuerde como mejor lo pasado, continúa viendo toros. El moderno, si lo es en verdad, asiste á ellos torea Juan ó Pedro, y el que presencia un par de corridas es seguro que no han de ser las últimas en que se pierda.

¿Cuál es, pues, la verdadera causa de lo manifestado? Sencillamente un problema social. Que la época presente es de gran penuria para España, y que la gente que hace circular el dinero carece de él. De la resolución ocúpense los economistas, que nosotros no hacemos más que apuntarlo, por convenir así á nuestro propósito.

Esto sentado, y hechas estas precisas consideraciones para venir al asunto concreto que mueve la pluma, casi nos atrevemos á aventurar que la temporada próxima ofrecerá el mismo aspecto que la pasada.

Por consecuencia de los quebrantos experimentados, y otras causas puramente privadas, la Empresa sufrirá alguna limitación personal, asumiendo mayores atribuciones la representación de otra de las interesadas, que al efecto ha empezado ya los trabajos preparatorios, con el tiempo que requieren comisiones de este género.

En primer lugar y con referencia á lo arriba indicado, solicitadas facilidades para el pago del arriendo, y que se hiciera por trimestres en vez de semestres adelantados, la Diputación provincial ha creído conveniente negarse á ello.

Tocante á la cuestión de ganado, parece que se han orillado las dificultades pendientes con algunos ganaderos, y que se jugarán reses de Veragua, Salfillo, Benjumea, Patilla, Aleas y otros, mediante la suma por cabeza de toro de dos mil pesetas.

Los diestros más aplaudidos también se han convenido á trabajar en nuestro circo, claro es que accediéndose á las condiciones que han querido imponer; y el cartel de abono lo formarán Lagartijo, Frascuelo, Mazzantini y Guerrita, siendo extraordinarias las corridas en que no tomen parte dos por lo menos de los cuatro matadores expresados.

Lagartijo cobrará por corrida veintidos mil quinientos reales, exactamente lo mismo que ha venido cobrando este año.

Frascuelo cobrará veintinueve mil reales, y teniendo en cuenta que en la última temporada que toreó en Madrid cobró dieciocho mil quinientos, impone un aumento de dos mil quinientos.

Guerrita percibirá dieciseis mil, que comparados con diez mil, que ha ganado hasta ahora, dan una diferencia de seis mil.

Y Mazzantini no ha fijado precio y... se comprende. ¡Tal vez tenga que repartir sus emolumentos entre sus compañeros!

Hasta aquí los informes que, por conducto que nos merece entero crédito, han llegado hasta nosotros. Que el cartel es bueno, mejor dicho, único, no cabe dudarlo; pero que representa sacrificios que sin determinadas circunstancias no se hubiesen llevado a cabo, tampoco, y que esos sacrificios no han de tener recompensa (y celebraríamos mucho equivocarnos), casi seguro.

Los fundamentos en que nos apoyamos para esta aseveración son los números, y ellos nos darán una demostración más exacta que cualquier otro medio á que acudiéramos.

Calculando que entre el ganado, sueldos de cuadrillas, arrendamiento, pastos, conducción y demás servicios de Plaza que no detallamos, cada corrida representa un gasto mínimo de treinta mil pesetas, puede fijarse por una serie de veinte funciones un presupuesto de setecientas mil pesetas, y para reintegrarse de estas setecientas mil pesetas de gastos, se hace necesario un ingreso por corrida de treinta y cinco mil por lo menos.

¿Hay alguien que abrigue la creencia de que, fuera de las tres ó cuatro primeras corridas de la temporada, ingresen en el despacho cada domingo las treinta y cinco mil pesetas enunciadas? Presumimos que no, y si éste resultado no se obtiene, ¿qué remedio queda?

¿Eleva los precios de las localidades? Sería contraproducente. Considerando que nuestra crisis monetaria es latente, y que no habrá persona, medianamente pensando, que careciendo muchas veces de lo preciso lo posponga á lo superfluo, el aumento implicaría mayores dificultades.

¿Traer reses más baratas y diestros de menos mérito? Entonces valdría más establecer desde luego las novilladas en todo tiempo, que siempre sería de más conveniencia para la gestión económica de los interesados en la empresa.

Y por lo mismo no nos extrañaría que, ya en el camino de la ruina en vista del desastroso éxito de más serias combinaciones, á tal extremo se arrojasen los que, en el natural deseo de alcanzar el lucro probable de un capital invertido al efecto, le viesan mermar y desvanecerse como el humo.

Nunca hemos sido pesimistas, pero al ver las incesantes y crecientes exigencias de ganaderos, diestros y colectividades, hemos reflexionado respecto á la situación final á que podrían conducir á una de las principales manifestaciones de nuestro típico carácter, que aún impulsa y fomenta la riqueza del país, la obcecación y avaricia de los mismos precisamente que al agotarse el filón, saldrían más inmediatamente perjudicados.

Ante esa eventualidad damos la voz de alerta, y si con ello se consiguiera que cada cual de su parte pusiera lo mucho que puede en bien de nuestro espectáculo favorito, nos congratularíamos de haber contribuido, en nuestra modesta esfera, á un resultado del que todos tendríamos que felicitarnos.

DON CÁNDIDO.

LA GUITARRA

Tuvo su cuna de lirios y su trono de azucenas entre odaliscas hermosas, entre sultanas bellezas. Sus cuerdas temblar hicieron las huries del Profeta y entre arabescos bordados, y entre cogines de seda pasó su niñez, guardando en sus metálicas cuerdas alegrías y lamentos, carcajadas y tristezas. Oro y nácar incrustados aumentaron su riqueza, filigranas primorosas las hicieron más risueñas, y en el harem esplendente se mostró tan hechicera y desbordó las pasiones,

y disipó las tormentas, que los Kalifas hallaron sus ideales en ella. ¡Cuántas veces ha gemido con las que fueron doncellas! ¡Cuántas veces ha inspirado las musulmanas leyendas! Los esfuerzos religiosos de una católica reina en las árabes mezquitas la cruz dejaron inhiesta, cayendo las medias lunas de minaretes y almenas. Ya se truecan las sultanas en andaluzas morenas, ya en toda la ardiente zona signos cristianos ondean, y la guitarra recibe carta de naturaleza por el cristiano bautismo al verse en cristiana tierra. Desde entonces nunca falta en giras, bromas y fiestas, desnuda de nácar y oro, vestida de escarapelas. Es la vida de las ninfas que el Guadalquivir ostenta, que en la Caleta retozan y en el Darro se recrean: la cítara del torero, la alegría de las juergas y el estuche en que se guarda el sol que ilumina á Bética. Sigue con voz delirante entrecortada é incierta á la andaluza que baila, al gitano que jalea, al ébrio que se desliza, á la hermosa *perchelera*, á la *trinitaria* dulce, á las canciones flamencas, y al líquido que en las cañas por la luz se colorea. Y cuando el vino se apura y se rompen las botellas, y el amante desfallece, y se deshacen las trenzas, y el tímido se aventura, y el velo del placer ciega, y aunque se enciendan los labios resulta todo en tinieblas, el alma de la guitarra con voz argentina y fresca se difunde por los aires murmurando una playera!...

CARLOS OSSORIO Y GALLARDO.

LA SUERTE DE VARAS

II

Hecha en el artículo anterior la reseña histórica del toreo á caballo constituido hoy por la suerte de varas, y dejando explicado ya cómo en el transcurso del tiempo ha llegado á representarse en esa suerte de la lidia actual la que fué el origen primero de las corridas de toros, queda para el presente, ocupándonos todavía de la suerte misma, tratar de describir el modo que de practicarse tuvieron aquellos antiguos lances del toreo á caballo, tanto con respecto á dichas suertes como con referencia al influjo é importancia que en la brega tiene y debe tener el modo de picar los toros.

En el toreo á la jineta dos han sido las suertes primitivas, la de *alancear* y la de *rejonear*, y sin que precisarse pueda quién fué el primer jinete que ejecutó la una ni la otra, es indudable y tiénese por probado que en más remoto tiempo se habló de la primera que de la segunda.

Muy antiguos libros se ocuparon de aquella, y la describe de modo curiosísimo y minucioso uno de ellos, escrito por Gonzalo Argote de Molina en tiempo de Alfonso Onceno, é impreso mucho después en el reinado de Felipe II, siendo por esos libros por donde únicamente puede hoy juzgarse de lo que hubo de ser el alancear los toros.

En cuanto á la otra suerte, la de *rejonear*, hasta nuestros días ha vivido, y si bien solo en muy contadas ocasiones se celebra, pocos serán, no obstante, por no decir ninguno, los que de nuestros lectores no hayan visto ejecutar sus lances, los cuales en el vecino reino portugués con mucha más frecuencia se practican, porque es, sin duda, muy del gusto de aquel pueblo ejercicio que, tan lucido y aparatoso, fía su éxito mejor que á otra causa á la habilidad y maestría del jinete y á las condiciones de ligereza y buena doma del bruto en que cabalga.

No hubo de estribar en ellas solamente el de la suerte de alancear, que tal como la hemos leído descrita en viejas escrituras, ejecutada *rosto á rostro*,—así uno de sus lances se llamaba—requería

además un valor extraordinario, una firmeza en la silla á toda prueba y un brazo de resistencia hercúlea para arrostrar de frente el encuentro poderoso del toro, recibirle en la punta de la lanza y despedirle por delante de la montura, si mal herido no era derribado en el eneuencro.

Parece que para alancear, y sobre todo si rostro á rostro había de hacerse, necesitábase montar buen corcel de batalla, que más que de ágil, de precipitado y nervioso, tuviese de seguro y reposado, de desnvuelto de brazos y de ancho de grupa, y poderoso y fuerte de riñones; sólo con él podría tomarse el toro tan de frente que se le hiriese por el lado contrario, resistiendo con brazo vigoroso y firmeza en los arzones para contener su violento empuje, y volviendo el caballo sobre las piernas para sacarlo de suerte hacia la izquierda y por delante de la cara del toro.

Lance arriesgado, lucido y brillante hubo de ser éste más que el de alancear al *estribo*, que así se llamaba al que consistía en meter el caballo por la derecha del toro, y tomándolo en la lanza salir de la suerte por aquel costado de la res desviándola sobre el otro; pero ambos á dos lances, de ejecución difícil, encerraban ya desde entonces la esencia del toreo, del toreo á caballo como del toreo á pie, porque para herir al toro, entonces y siempre, sólo dos maneras han existido de tomarlo bien, ya recibiendo, aguantándole ó yéndole al encuentro muy por derecho y muy de frente, para salir por la cara ó por la cola, ó ya entrándose el diestro por su mano izquierda y volviéndose sobre sus pies ó los de su montura en la salida de la fiera, so peligro de cuartearse antes de tiempo con deslucimiento grande de la suerte en caso tal. En evitar ese defecto consiste todo el arte; y en saber tomar al toro en la jurisdicción y en la forma conveniente, según sean por una y otra parte las facultades de la defensa y del ataque, estriba sin duda todo el mérito del diestro que haya de herir, ya lleve en su derecha la vara ó el estoque, y ocupe su mano izquierda en el mando del caballo ó en el juego de la muleta.

Pero hablemos de la suerte de *rejonear*. Es el *rejonear* las banderitas del toreo á caballo, porque tiene esa suerte toda la ligereza, todo el movimiento y toda la desenvoltura elegante de aquella otra, más si se quiere, por la gallardía del caballo, que seduce á la vista, y por lo que maravilla la soltura y la destreza con que puede manejarlo y moverlo desde la montura una mano hábil y maestra en dirigir y acompañar sus movimientos.

No aquí un caballo poderoso y pesado se necesita, que no ha de resistirse el empuje de la fiera, sino que hace falta que sea nervioso y ligero, despierto á todo mando, fino en sentirlo y rápido como el pensamiento en obedecerlo, pu s ha de burlar la codicia del toro, yendo á buscarle y huyéndole en instantes preciso, según que los movimientos del jinete le empujen, le contengan, le aviven, le acompañen, le acerquen, le desvíen ó le paren.

Sus delgados remos pifan de impaciencia y espera la señal para partir; erguido el cuello, con la mirada viva y la ancha nariz fogosa, tasca el freno y salpica de espuma el lujoso pretal; el jinete le contiene con ligeros avisos de la mano que á la nobleza del bruto le bastan, é inclinando la cabeza para que el ala del emplumado chambergo le oculte el sol, consulta de lejos la actitud del toro, que espera un enemigo. Tiende la diestra el caballero para pedir un rejón, dáselo y parten. Allí le lleva el ligero corcel, dócil al freno que acompaña el galope con que los cascos hieren la arena en cadencia lenta; el compás se precipita, acercándose al toro para trazar en torno suyo un ancho círculo; síguete la fiera con la vista, volviéndose sobre sí lentamente; el círculo se estrecha en espiral á la medida que el galope mengua de nuevo, y el jinete, alargando el brazo, lo extiende y casi con la acerada punta del rejón llega á la cerviz de la fiera, que aún aguarda mayor certeza para dar la embestida; pero es en vano, que embiste al fin y el rejón clábase y quiebrase, y arrancando el caballo veloz como el viento, no le alcanza el derrote: el toro, burlado, brama, y el público, contento, aplaude; y el generoso bruto, parado en firme, resoplando y suelto el vendaje, extiende el cuello y lo engalla de tiempo en tiempo como satisfecho de sí mismo.

Así el *rejonear*, ya de ese modo ya al relance de la muleta de un matador que vacía al toro junto al estribo del caballero, llegando ambos á su encuentro para que el de á caballo le clave el rejoncillo, saliendo por el lado contrario del espada, es una linda suerte que merece todos los aplausos que se la prodigaron siempre, pero que imposibilita la buena lidia posterior del toro *rejoneado*, que suele quedar en condiciones desfavorables para la muerte con estoque.

Para concluir, hablaremos de la suerte de varas. Debe ésta practicarse como la de alancear se ejecutaba en sus tiempos, según lo que los libros de la época refieren y queda aquí antes consignado. No es su objeto, como era el de aquella, concluir con el toro; el hierro de la lanza, de un palmo de longitud y de ancha hoja, podía conseguirlo; la puya de la vara, convenientemente reducida por el tope á una exigua medida, hiere apenas, y su objeto es detener á la res, quebrantando su pujanza excesiva, pero sin castigarla malamente, de manera que se vuelva huída, recelosa y mal intencionada, ó se la inutilice para el resto de la brega, tal como desdichadamente lo estamos viendo hacer todos los días, en gracia á que se consienten y no se castigan picadores que unos ignoran su oficio y no hay quien se lo enseñe, y otros no hacen lo que pueden por que les toleran su holgazanería y su mala fe probada.

La buena ejecución de esta suerte en armonía con las condiciones del toro, y dándole el castigo en la proporción y forma necesarias, es mucho más difícil de lo que puede parecerles á los aficionados vulgares, tanto que son y han sido siempre bien escasos los picadores de mérito, pues no basta para ello ser mozo de alientos, valeroso y ágil, fuerte de brazo y seguro en la silla; que hace falta, además, de una parte mucha mano izquierda para gobernar á tiempo los ramales, y flexible cintura con la que ayudar la mano, saliendo y entrando oportunamente; y de otra parte muchísima serenidad, muy buena vista y completo conocimiento de los toros, que permita estudiar á cada uno con gran sentido para tomarlo según él sea y conforme se presente en los distintos momentos de aquel tercio; en una palabra, es necesario que el buen picador sea tan buen torero como el mejor peón de lidia y además un consumadísimo jinete.

¡Cuánto menos se censuraría la suerte de varas con picadores modelo! ¡Y qué pocos han conseguido merecer ese nombre!

ANGEL VELA HIDALGO.

Lo principal

—Cabayeros: aquí está er jufo errante; ya la gente en Madrid me tiene desidío á descansá jasta er verano que viene.

Mucho ezte año hemos corrió; mas no jué tiempo perdió, que en Cataluña, Seviya, Aragón, Mursia y Castiia, mu bien no han resibió.

Verdá que el ir y vení, mal comé y mal dormí y otros pequeños exsesos me han hecho á veces sentí dolores en toós los huesos; pero en cuanto hemos llegao á argún punto desinao pa selebrar la corria too er mundo nos ha obsequiao grandemente y á porfia.

En el reondel, no aumento; aquel acompañamiento de argunos miles de armas no dejó un solo momento de estimularnos con parras.

Y de lo demás, no digo: sombreros, prendas de abrigo, cigarros güenos y malos, y de tal ó cual amigo considerable regalo; ofrecimientos sin tasa, al café desde la plasa, esperando siempre el coche, á comer en una casa y en otra á pasar la noche.

Y hasta en Graná, que maté en Julio, recuerdo ahora, que á un título me encontré que en una gran sudaré me obsequió, con zu zeñora.

En fin, que estoy zatisfecho de loz viajes que hemos hecho, pus ellos me han demoztrao que eztoy mu considerao y me han dao honra y provecho.

Así hablaba ingénuamente ante sus admiradores y alguno que otro pariente, uno de los matadores más queridos de la gente.

Mil plácemes recibía por su campaña torera del concurso que le oía, cuando su esposa María se expresó de esta manera:

—Ustedes encontrarán todo eso muy meritorio, y mucho lo aplaudirán: pero no me sacarán á mi de este purgatrio,

Porque de esta vida errante ¿quién se lleva los disgustos? ¿Quién está siempre anhelante? ¿Quién sufre continuos sustos? Pues la que está aquí delante.

Y aunque premie la fortuna su trabajo, encuentro mal que ande corriendo la tuna, como que le falta á una... claro está... ¡lo principal!

M. DEL TODO Y HERRERO.

LAS CORRIDAS DE TOROS

DE EGEEA DE LOS CABALLEROS

EN 1809.

—Pero, criatura, si hasta los chiquillos que andan en la escuela saben, eso te digo; ¿cómo tú que te llenas la mollera con tantos libros y papelotes no conoces el hecho más grande que tocante á cosas de toros se ha visto en los pasados tiempos ni se ha de ver en los que están por venir?

—Pero eso es verdad, Sr. Juan?

El Abuelo de Egea, mote por que todo el mundo conocía á mi viejo amigo y guía, me miró de un modo extraño, y dijo con ese acento de ruda franqueza tan peculiar del país que atravesábamos:

—Mi padre era aragonés, y nunca la mentira encontró eco en sus labios. Por eso tu abuelo, que era un verdadero rojano, le dió en su casa el amparo necesario para sacarnos adelante, y no sería su merced de seguro el que me preguntaría hoy, como lo hace su nieto, si era verdad un hecho que él afirmaba.

—No se enfade Ud. conmigo, Sr. Juan. Si hay ligereza en mis palabras perdónela Ud., y tenga en cuenta que voy á contar á mucha gente esa corrida de toros tan extraordinaria y...

—Cuéntasela á todo el mundo y díles que es verdad, porque lo digo yo. Y el que quiera más noticias que pregunte en mi pueblo.

—La prisa no nos acosa, el calor se hace sentir; demos un respiro á los caballos, y sentándonos á la sombra de estos árboles, hágame Ud. una relación del suceso, tal y como su padre de Ud. lo refería, para tomar algunos apuntes.

Después de instalados como había dicho, el Sr. Juan, sin más preámbulo, principió á relatar de esta manera:

—Cuando la heroica ciudad de Zaragoza, más valiente que ninguna hasta entonces, sucumbió por fin, no á los esfuerzos del ejército francés que la sitiaba, sino á la epidemia, al hambre y á todos los elementos de destrucción, que unidos en nuestro daño forjaron al calor de tantos horrores esa gloria imperecedera que desde el año 9 de este siglo todo el mundo contempla con respetuosa admiración, creyeron los franceses que ya no tenían más que coser y cantar, y que Aragón entero, que tanto contribuyó al supremo esfuerzo de su capital, estaba aniquilado.

Así fué que mandaron por toda la comarca columnitas de 60 á 70 hombres, á las órdenes de unos comisarios de guerra que, so color de cobrar contribuciones, entraron en los pueblos

y cobrarán en ellos cuanto á las manos se les viniere.

Una de estas columnas fué á parar hasta Egea, en donde la recibieron de tal manera que pocos, muy pocos de los hombres que la formaban consiguieron volver á Zaragoza á llevar la nueva del tremendo castigo que en Egea sufriera su osadía.

A la sazón mi padre contaba unos trece años, y el suyo era mayoral de una de las ganaderías más famosas de estos reinos. Eran vecinos de Egea, aunque mi abuelo pasaba la mayor parte del tiempo en el campo al cuidado de las reses.

Muy pocos días después de rechazada la columna francesa á que acabo de referirme, contaba mi padre que lo llamó el alcalde y le dijo:

—Juanillo, ¿sabes tú dónde está tu padre?

—Sí, señor.

—¿Puedes encontrarle y decirle que sin pérdida de tiempo arree para el pueblo y se vea conmigo en el Ayuntamiento esta prima noche?

—Está muy lejos, pero iré

—Toma mi jaca *Careta*, y aunque la revientes, que venga tu padre.

Con la jaca del señor alcalde fueron para mí un paseo agradabilísimo las tres leguas que corri para encontrar al autor de mis días.

Cuando le dí el recado, miró con profunda extrañeza mi cabalgadura y dijo en tono grave:

—Mucha falta debo hacerle cuando te deja para que me busques una bestia en que se está mirando.

—Y que me encargó que la reventara si era preciso, para que Ud. estuviera allí esta noche.

—Pues andando, pero no la apures, que tiempo tenemos.

En efecto, cuando entramos en la Plaza del Ayuntamiento, el alcalde y toda la gente gorda del pueblo rodeaban al señor cura para rezar la oración, que empezaba á sonar en aquel momento.

El alcalde me miró con aire complacido y me apretó la mano sin decirme nada, al ver que tanto mi padre como yo echábamos pie á tierra y tomábamos parte en el rezo.

Terminado éste exclamó:

—Bien, Juanillo, tu padre es el primero de los mayoresales que concurre al llamamiento. Llévate la *Careta* á mi cuadra y el caballo de tu padre á la suya. Y tú entra con nosotros, que tenemos que hablar.

Mi padre obedeció, entrando con el señor alcalde y la gente principal del pueblo en el Ayuntamiento. Yo me fui con los caballos y por eso no supe nunca á punto fijo lo que allí se habló.

Pero es lo cierto que todos los mayoresales volvieron á salir para sus respectivos hatos, y en todas las casas del pueblo se empezaron á hacer preparativos para que á la mañana siguiente todas las mujeres, niños y viejos, se salieran de sus hogares, con cuanto de valor tenían, á acampar en los montes.

Así se hizo, y nunca he visto espectáculo más raro que el que ofrecía esta emigración.

Gracias al señor alcalde que me defendió, diciendo que era yo un hombre, conseguí quedarme, contra la voluntad de mi padre y de mi madre.

Dios le premie al Sr. D. Jerónimo (que en paz descansa con todos los difuntos) el bien que me hizo con dejarme ver en todo aquello.

Cuando ya no quedaban allí más que los hombres útiles comenzó á entrar un encierro, que parecía que no iba á acabar nunca, de los toros bravos que en muchas leguas á la redonda se criaban, y que se fueron enchiquerando como Dios nos dió á entender, en los zaguanes, portales y corrales que tenían comunicación con la calle principal y la Plaza en que estaba el Ayuntamiento.

Conseguido esto, no sin mucho ruido, se ataron cuerdas y cadenas que atravesaban las calles hasta la otra acera y enterrando las



que no estorbaran al entrar y se pudieran izar luego y cortar la retirada.

El alcalde y otros muchos señores procuraban aligerar la faena todo lo posible, y no sin falta de razón, porque de la gente apostada en el camino se tenían noticias de que una columna de mil infantes y cien caballos que de Zaragoza salió para castigar á Egea, se encontraba á poco más de tres cuartos de legua de la población.

Por fin quiso Dios que todo se hallara á punto para la hora precisa. Pero no nos sobró tiempo.

Apenas habían salido á ocultarse en los lugares mas á propósito los pocos hombres que pudieron armarse con escopetas, y otros se escondían en las casas donde estaban los cabos de las cuerdas y cadenas que á su tiempo se habían de izar para cerrarles la retirada, colocándose otros por corrales y desvancs para contribuir á este mismo fin, sacando carros y tirando trastos en medio del arroyo cuando empezara la fiesta, llegó el hermano Rafael, aquel lego de Capuchinos á quien tan famoso hicieron sus piernas de gamo, diciendo precipitadamente.

— Señor alcalde, el reverendo padre Prior me encarga participar á Uds. que ya están ahí, y que los franceses vienen en la creencia de que el pueblo está abandonado de todos sus habitantes, temerosos del castigo que vienen á imponerle. Que al cortar el ancho rastro del convoy que salió esta mañana de aquí y tomar lenguas que eran los vecinos de Egea que huían á los montes, cayeron en tal creencia, poniéndose furiosos y diciéndolo á gritos.

— Ya se les pasará el coraje cuando vean que estamos aquí y la función que les preparamos para recibirlos. Dijo su merced, con los ojos brillantes; y dirigiéndose á mi padre y después al resto del grupo que lo rodeaba, exclamó:

— Juan, tú métete en el Ayuntamiento para abrirles el chiquero cuando desde la torre de la Iglesia Mayor suene el clarín, que ya sabéis que será mi escopeta. Cada cual á su sitio, y mucho cuidado con mi encargo de que no vean bicho viviente los franceses, ni por tejados ni por ventanas. Sígueme, Juanillo, y ¡muera Napoleón y viva España!

Tres minutos después, agazapado en la torre, miraba á los franceses atravesar el llano que media entre las huertas y las calles. Antes de entrar en éstas hicieron alto.

A pesar de su creencia de que Egea estaba completamente desierto, tomaban precauciones.

Mandaron cinco húsares por delante, que avanzaron muy despacio; después veinte infantes: luego una compañía. Cuando los primeros llegaron á la Plaza, la compañía se detuvo en la mitad del camino. Los veinte infantes llegaron también hasta la Plaza y escudriñaron un momento por allí, sin apercibirse de nada. Tocaron una trompeta y los cinco jinetes partieron al galope por donde habían venido.

Antes que estos llegaran con la noticia, ya la columna, desde que sonó la trompeta, se había puesto en movimiento á paso redoblado, y recogiendo la compañía que á su paso esperaba apostada, juntos siguieron hasta desembocar en la Plaza, en la más correcta formación.

Luego tocaron los clarines otra vez y todos quedaron inmóviles, saliendo al frente cuatro jefes de los principales, que conversaron entre sí un momento. Se conoce que dieron el orden de derribar la puerta del Ayuntamiento, porque la escuadra de gastadores del batallón avanzó, preparando sus instrumentos.

Mientras, mi padre y los otros mayores, para alegrar el ganado, mojaban las puntas de sus picas en guindillas machacadas con vinagre, y pinchaban á las reses.

Pero ¡cómo te contaré yo ahora lo que sucedió, cuando el señor alcalde, metiéndose la escopeta en la cara, gritó con voz de trueno!

— ¡Muera Napoleón! ¡ Viva España!

Y les soltó un tiro.

Este era el clarín que daba la señal para empezar la corrida.

Se abrió la puerta del Ayuntamiento, y salieron por ella siete toros que se arrancaron con mucha bravura al grupo de los jefes, y acto continuo se fueron abriendo todas las puertas que daban á la Plaza y calles inmediatas, y lanzando cada una tres ó cuatro toros sobre los atónitos franceses, que se estrujaban unos con otros huyendo de ellos, que como no sentían ningún castigo cargaban y recargaban, tirando un soldado por el aire en cada derrote. El miedo que se apoderó de éstos fué espantoso.

Sus caballos, locos de terror, atropellaban y destruían á los infantes; y éstos, con sus tiros y bayonetazos, aniquilaban á sus compañeros.

Todos querían huir por las calles que conducían al campo, que cerradas, como dije, aglomeraba en los mismos puntos toros y franceses; éstos buscando su salvación en la fuga, y aquéllos el camino de su dehesa.

Te digo que el que no ha visto aquello, no ha visto la mejor corrida que se puede ver.

Ayudaron á los animalitos á exterminar á los franceses desde balcones y ventanas, y en medio de las calles: primero, los que estaban armados, luego todos nosotros, porque antes de media hora cada uno tenía su buen fusil y su cartuchera bien provista, de las que los franceses dejaban caer.

Hasta yo cogí una tercerola de un húsar, con la que, según afirmaba el señor alcalde á mi madre dos días después, hice todo cuanto debe hacer un español de buena casta en tales casos.

Ya sabes lo que fué *La corrida de toros de Egea de los Caballeros en 1809*.

Cuando tantos años después tu difunto abuelo me mandó á París para llevar el caballo napolitano que regaló al embajador de España el conserje de la embajada, que por orden de su amo me obsequió como si yo fuera la propia persona del que hacía el regalo, llevome cierta noche á ver una comedia á un teatro muy bueno, y que el hombre supuso que me gustaría, porque en ella se trataba de toros y toreros.

Fuí á verla, y contra la opinión de todos los españoles que allí había indignados con las barbaridades que decían aquellos cómicos, y de los muchos muertos que sacaban de un sitio que figuraba la Plaza, á mí me pareció bien y que aún se quedaban cortos; pues pienso que los tres ó cuatro franceses que curaron en Egea, y á quienes dieron libertad las mujeres, contarían en su patria la corrida en que tomaron parte.

Y ya se sabe.

Cada uno habla de la feria según le va en ella.

J. SOLES EGUILAZ.

LA ESCUELA DE TAURAMAQUIA DE SEVILLA

Y EL TOREO MODERNO

Aunque oportunamente LA LIDIA se ocupó del libro de nuestro amigo Sr. Millán, con cuyo título encabezamos estas líneas, publicamos hoy el índice de las materias de que trata, felicitando de nuevo á su autor por el buen éxito conseguido puesto que ya está á la venta la segunda edición.

INDICE

Carta dedicatoria á Rafael Molina (Lagartijo)	v
Carta de Rafael Molina (Lagartijo) contestando á la anterior	vii
Prólogo	ix
Capítulo primero.—Un poco de historia.—Fernando VII.—El retrato del príncipe hecho por su madre.—Carácter de la época en que la Escuela de Tauromaquia fué fundada.—Algunos párrafos de las "Memorias de un Setentón".—A tal reina-do, tal escuela	3

Capítulo II.—La historia del toreo está por hacer.—Algunas líneas en pro de esta afirmación.—Modificación del espectáculo al advenimiento de los Borbones.—El toreo en el siglo XVIII.—Francisco Romero.—Manuel Bellón (el Africano).—Martín Barcaíztegui (Martincho).—José Cándido	15
Capítulo III.—Las tres grandes figuras del siglo XVIII.—Costillares.—El volapié.—Perfeccionamiento de esta suerte.—Una cita de Montes.—Pedro Romero.—Su extraordinaria importancia.—Las competencias.—Pepe Illo.—Su carácter.—Dos palabras sobre el "Arte de torear"	33
Capítulo IV.—Una ojeada á la historia del siglo XIX hasta la época calomardina.—Decadencia del toreo en ese periodo.—Jerónimo José Cándido.—Curro Guillén.—Toreros políticos.—Primeros jaulones de la Escuela de Tauromaquia	19
Capítulo V.—El proyecto del conde de la Estrella.—Idea sobre el establecimiento de una Escuela de Tauromaquia.—Cualidades físicas necesarias en los alumnos.—Pais propuesto para la instalación de la Escuela.—El método de enseñanza.—Algo sobre el traje de los lidiadores de á pie.—Arbitrios para el sostén de la Academia.—Ventajas de la misma	59
Capítulo VI.—El informe del Intendente de Sevilla sobre el proyecto de Escuela.—Real orden creándole.—Nombramiento de maestro á favor de Jerónimo José Cándido.—Gestiones de Romero para anularlo.—Su solicitud al Rey.—Una carta al ministro de Hacienda.—Romero es nombrado maestro.—El por qué de no haberlo sido desde un principio.—En acción de gracias.—D. Pedro y "D. Jerónimo".—Los tres recomendados del conde	87
Capítulo VII.—Arjona y Ballesteros padrinos de la Escuela.—Oposición del pais.—Un empresario regio que defiende sus intereses.—La exención de las plazas propias de S. M.—El acuerdo de la Junta de Hospitales de Madrid.—Una real orden contra la beneficencia.—Rebeldía de Bilbao.—Un gobernador y un alcalde para quienes son letra muerta las disposiciones del Monarca.—El Rey desprestigiado por el ministro	105
Capítulo VIII.—Unos Ministros que no se entienden.—Lucha entre Estado y Hacienda.—González Salmón lanza la primera piedra.—Consta Ballesteros.—Una retractación del Rey.—Vuelta al primer acuerdo.—Cuándo se rompieron abiertamente las hostilidades.—La negativa de Calomarde.—La seriedad real por los suelos.—Ballesteros derrotado.—Una nota del expediente	119
Capítulo IX.—El mutismo del Intendente.—Inauguración de la Escuela.—Una Real orden contra Arjona.—La Academia en funciones.—Cuatro documentos interesantes	131
Capítulo X.—Los sucesos de la Granja en 1832.—El cambio de Consejeros.—Creación del Ministerio de Fomento.—Un rayo de luz en el cerebro del Rey.—La Escuela olvidada.—La propuesta del Subdelegado de Sevilla.—Supresión del "Real Colegio de Tauromaquia".—Noticias extraoficiales	149
Capítulo XI.—La admisión de alumnos.—Censuras injustificadas.—Los genios no sirven para la enseñanza.—Lo que fué la Escuela.—Deplorables resultados.—Montes.—Su "Arte de torear".—Curro Cúchares.—Algunos juicios acerca de este diestro.—Juan Pastor.—Los preceptos de Romero	170
Capítulo XII.—El arte de torear no se enseña.—Lidiadores que vienen en apoyo de este aserto.—Desde Francisco Romero hasta Cúchares.—Cayetano Sanz.—El Tato y Currito.—Algunos dichos de Cúchares.—Antonio Carmona.—El quitebro.—Lagartijo y Frascuelo.—Sus primeros pasos en la profesión.—El toreo y las Bellas Artes.—El fatalismo y los diestros.—Labi.—Teorías desmentidas por la práctica	179
Capítulo XIII.—La crítica.—Algo sobre la Belleza.—Juicios que se imponen.—Lo artístico de nuestro espectáculo.—Quiénes se inspiraron en él.—Críticos taurinos.—Los que imperan.—Cuándo nació la crítica en las corridas.—El <i>Cartel de toros</i> .—Una cita de <i>La Periódico-mania</i> .—Desde 1882 á nuestros días.— <i>El Mengue</i> .—Su importancia.—Algunos juicios de aquella revista.—Cuál es la única escuela posible de tauromaquia	199
Capítulo XIV.—Una frase de Goethe.—La ciencia, el arte y los toros.— <i>Ayer y hoy</i> .—Por qué no se practica la suerte de recibir.—Los dos colosos del toreo moderno.—El perfeccionamiento á que ha llegado la tauromaquia en nuestros días.—Lo que Montes practicaba y lo que nuestro público exige.—Vendrá la decadencia	219



Salida del Bebe en su beneficio



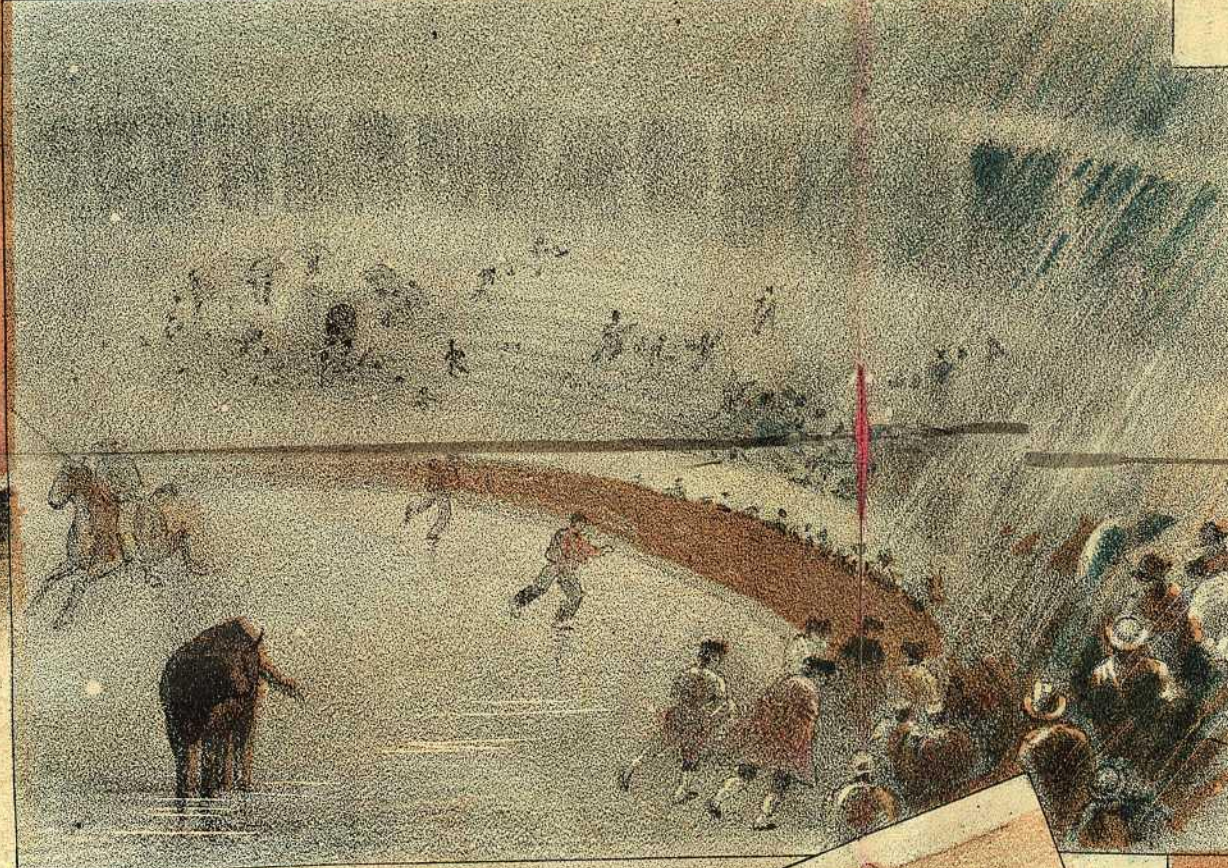
Cogida del Pito.

Detras del Torerito.

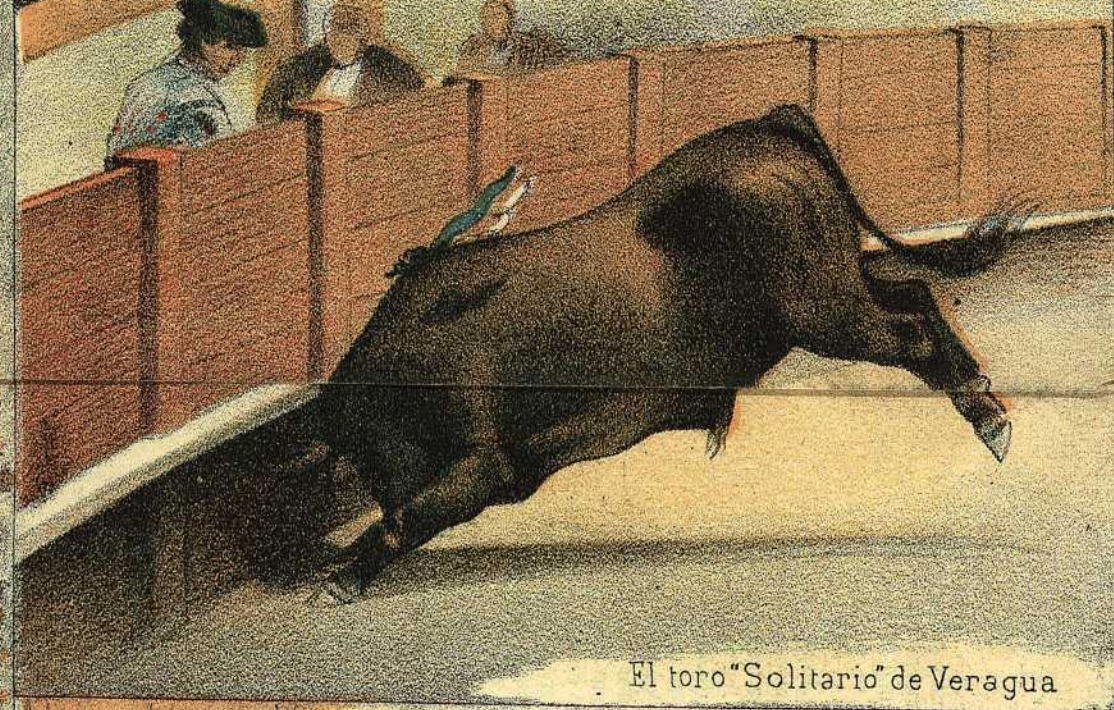
Cogida de Malaver.

Vanene perseguido en el callejon de la barrera.

Cogida del Espartero.



Corrida del 27 de Mayo



El toro "Solitario" de Veragua



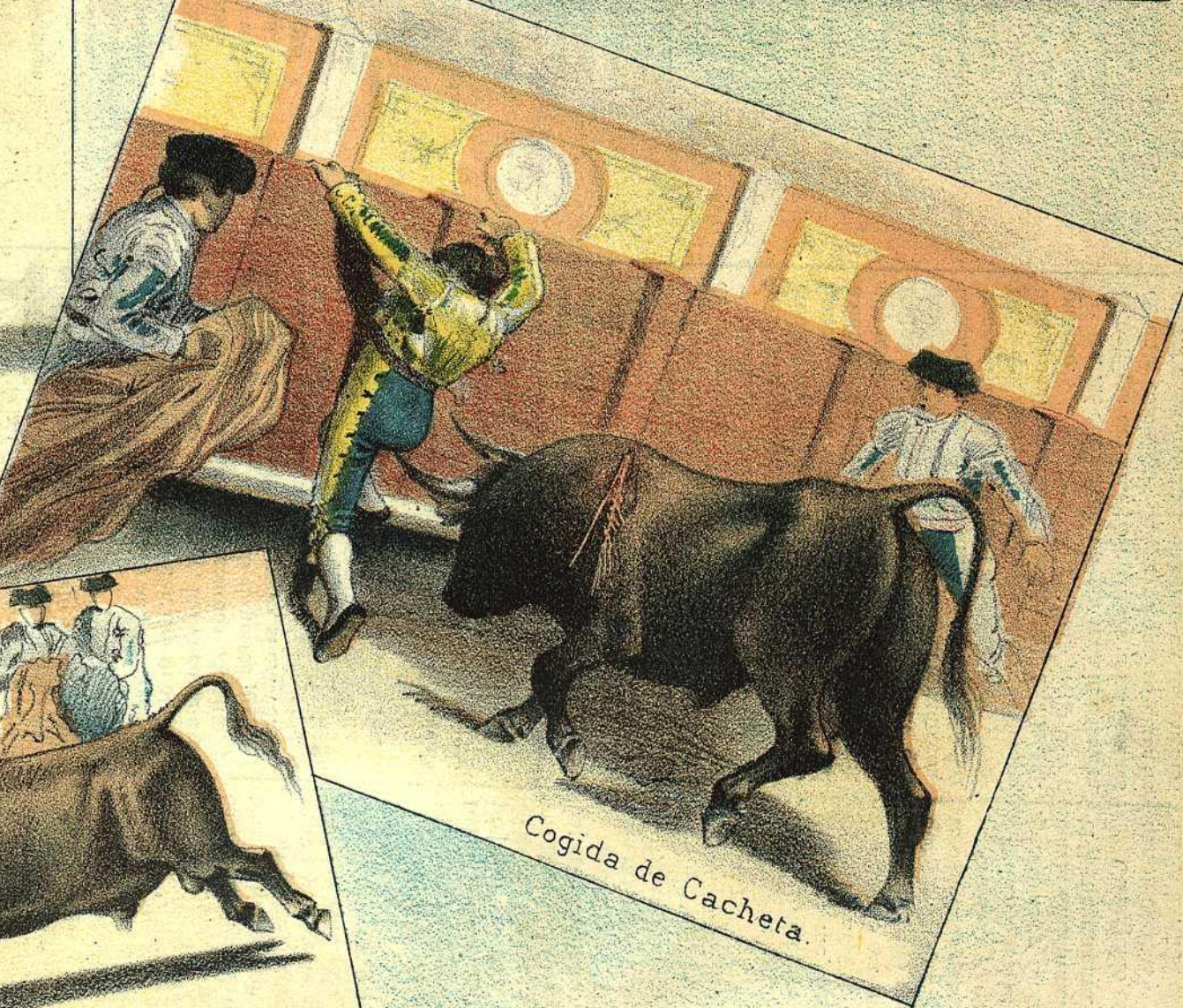
Guerrita en el beneficio del Bebe.



Un quite del Espartero a Cara-ancha.



Cara-ancha pareando al quiebro



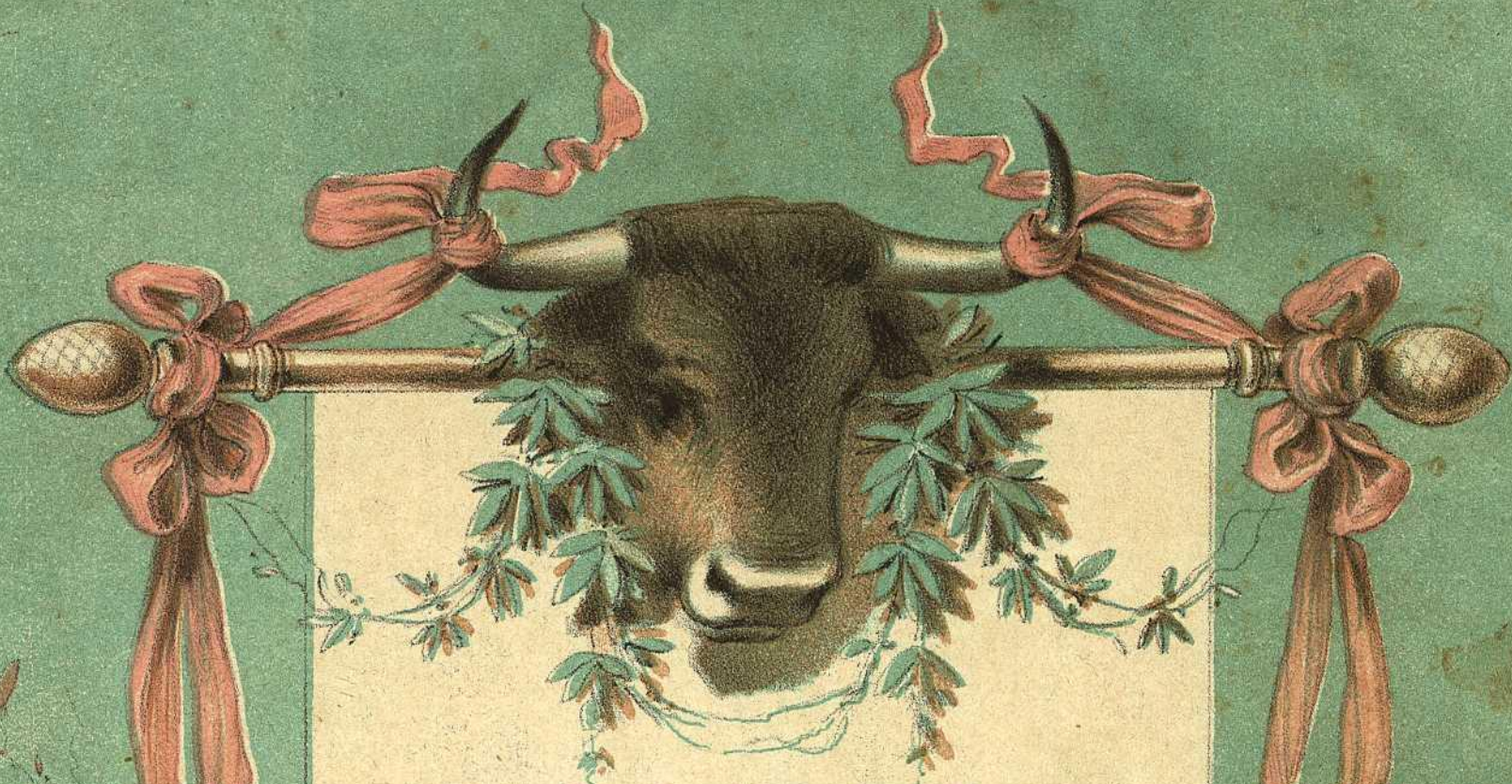
Cogida de Cacheta.



Toro "Escribano" de Veragua.



Guerrita en la suerte de recibir



LA LIDIA

REVISTA TAURINA ILUSTRADA CON CROMOS

AÑO VII

EDITOR PROPIETARIO

Julian Palacios

REDACTORES

D. José Sánchez de Neira

Sobaquillo, P. M. del Todo y Herrero

COLABORADORES

El Doctor Thebussem.—D. Manuel Ossorio y Bernard.
D. José M.^a Sbarbi.—D. Federico Minguez.—D. Félix Borrell.—D. Leopoldo Vázquez.
D. Angel Vela Hidalgo.—D. Fiacro Yráyox.—D. Gonzalo S. de Neira.
D. Carlos Ossorio.—D. Vicente Ros.—D. Toribio Sánchez.
D. Manuel Núñez de Matute, etc., etc.

DIBUJANTES:

D. DANIEL PEREA, D. JOSÉ CHAVES, D. JUAN M. GIMÉNEZ

ADMINISTRACIÓN

ESTABLECIMIENTO TIPO-LITOGRAFICO DE J. PALACIOS
27, Calle del Arenal, 27.—Teléfono 133

MADRID